

El hombre habría estado sentado en la sombra del pasillo frente a la puerta abierta hacia fuera.

Mira a una mujer que está tendida a pocos metros de él en un camino de piedras. A su alrededor un jardín que cae en brutal declive a un llano, prolongadas lomas sin árboles, campos que bordean un río. Se ve el paisaje hasta el río. Más allá, muy lejos, y hasta el horizonte, un espacio indeciso, una inmensidad siempre brumosa que bien podría ser la del mar.

La mujer paseó por la cresta de la pendiente frente al río y luego volvió allí donde se encuentra ahora, echada frente al pasillo, al sol. Ella en cambio no puede ver al hombre, la ceguera de la luz estival la separa de la sombra interior.

No puede decirse si sus ojos están entreabiertos o cerrados. Parece descansar. Lleva un vestido claro, de seda clara, rasgado por delante, que deja entreverla. Bajo la seda el cuerpo estaba desnudo. El vestido habría sido quizá de un blanco deslucido, antiguo.

Así lo habría hecho a veces. A veces también lo habría hecho de un modo muy distinto. Muy distinto siempre. Es lo que noto en ella.

No habría dicho nada, ni mirado nada. Frente al hombre sentado en el pasillo oscuro, se ha encerrado tras los párpados. Por entre ellos vislumbra la luz enmarañada del cielo. Ella sabe que él la mira, que lo ve todo. Ella sabe que él tiene los ojos cerrados al igual que lo sé yo, yo que miro. Se trata de una certidumbre.

Veo que sus piernas, que hasta entonces había abandonado medio replegadas con apa-

rente negligencia, veo que las recoge, que las junta cada vez más fuerte con un movimiento concienzudo, penoso. Que las aprieta tan fuerte que su cuerpo se deforma y se ve poco a poco privado de su volumen habitual. Luego veo que el esfuerzo cede bruscamente y, con él, todo movimiento. He aquí que de pronto el cuerpo tiene la rectitud de una imagen definitiva. Con la cabeza reclinada sobre el brazo, ella se ha inmovilizado en esa posición del sueño. Frente a ella el hombre que calla.

Ante ellos, las prolongadas lomas inmutables que conducen al río. Llegan nubes, avanzan juntas, se persiguen con regular lentitud. Van en dirección de la desembocadura del río hacia la indefinida inmensidad. Sus sombras mates son ligeras, por sobre los campos, por sobre el río.

De la casa en la explanada no llega ruido alguno.

Ella habría vuelto a moverse. Lo habría hecho lenta y largamente ante él, que mira. El azul de los ojos en el pasillo oscuro que sorben la luz, bien lo sabe ella, taladrándola. Veo que ahora ella levanta las piernas y las separa del resto del cuerpo. Lo hace igual que las ha recogido, con un movimiento concienzudo y penoso, con tanta fuerza que su cuerpo, contrariamente al momento que ha precedido, se mutila cuan largo es, se deforma hasta el punto de una posible fealdad. Otra vez se inmoviliza así abierta a él. La cabeza sigue desviada del cuerpo, reclinada sobre el brazo. A partir de entonces, ella permanece en esa posición obscena, bestial. Se ha vuelto fea, ha pasado a ser lo que habría sido de ser fea. Es fea. Allí está, hoy, en su fealdad.

Veo el enclave del sexo entre los labios separados y que todo el cuerpo se petrifica a su alrededor en un abrasamiento que va en

umento. No veo el rostro. Veo flotar la belleza, indecisa, por las inmediaciones del rostro pero no consigo que se funda con él hasta hacerla suya. No veo más que su óvalo desviado, el plano tenso, muy puro. Creo que los ojos cerrados deberían ser verdes. Pero me detengo en los ojos. E incluso si consigo retenerlos largo tiempo en los míos no me dan la totalidad del rostro. El rostro permanece desconocido. Veo el cuerpo. Lo veo entero con violenta proximidad. Chorrea sudor, se encuentra en un fulgor solar de aterradora blancura.

El hombre todavía habría esperado.

Y luego ella lo habría conseguido. La fuerza del sol es tal que con el fin de resistirlo grita. Muerde el lugar del brazo rasgado ya de su vestido y grita. Llama un nombre. Y que venga.

Oímos ella y yo que alguien camina. Que él se ha movido. Que ha salido del pasillo. Lo veo y se lo digo, le digo que viene. Que se ha movido, que ha salido del pasillo. Que sus movimientos son primero secos, breves, como si ya no supiera caminar, y que después se vuelven lentos, muy lentos, de una excesiva lenti-